

## LA ANESTESIA DEL BRONX

(Premio de narraciones "Francisco García Pavón", 1.993)



Sara o Soledad?. Pregunto y una vez más es mentira. Bajo la persiana para escuchar el chasquido de sus listones al precipitarse y atropellarse unos a otros. En tres tirones la vuelvo a lo alto. Otra vez les inculco la prisa y así cien veces le dirán de mi parte a la tarde que se largue, que emigre, que envejezca con los listones, los pájaros y los abedules del jardín. Todos los hospitales tienen un jardín. Por las ventanas de las habitaciones se filtra su quietud y el canto de los gorriones, pero el olor verde rebota en el vidrio y nunca destierra esta mezcla espesa que, infaliblemente, abofetea cada vez que una enfermera abre la puerta. Hedor omnipresente, ni siquiera suavizado por el tabaco de mi pipa. ¿Por qué me obceco en respirar a solas esta fragancia hospitalaria, esta quietud blanquecina y otra vez esta falsa disyuntiva, nunca domesticada: ¿Sara o Soledad?. No son dos mujeres, no. Sara mujer, Soledad sueño. Nada más. Para siempre. Nada más.

"¿Qué haces ahí desde las seis?". Perfecto estéticamente pleno. Uno mismo frente a sí en el espejo y alguien que interrumpe detrás y te habla, te besa o te apuñala. Pero tú siempre en guardia. Los otros, los alguien que tras de ti se revelan, pueden sorprenderte, pero jamás tus reacciones, tus palabras o tus propios actos te encontrarán desprevenido, porque vives ahí, a poco de un espejo que te ayuda a controlarte, a proporcionar tus muecas y a ponderar tus ademanes. Entonces ya pueden ensalzarte o desgarrarte por sorpresa: tu sorpresa no te sorprenderá, la verás nacer, crecer y morir en tu rostro aunque todo suceda en no más que un suspiro. Cada vez será una persona diferente la que se interese por lo que haces ahí desde las seis. Pero tú, que en vano te empeñarías en hacerles comprender que siglos ha que nada haces, que salvarás en broma el momento explicando que el inodoro es el rincón menos hediondo del hospital; tú, que enseguida sales y te reúnes con él, con ella, con ellos; tú -¡oh, sí, tú!- seguro de que siempre fuiste, eres y será el mismo.

"Sólo en ese cuartucho, creedme, puedo refugiarme del olor a enfermo". Su mujer, su hermano, sus amigos, sonrían y disculpan, claro, la poco delicada manera en que hace un rato les invitara a abandonar la habitación. Desarropóse, levantóse de la cama y, llegándose a la puerta, la abrió con la diestra mientras su siniestra dirigía la circulación de las visitas en sentido obligatorio hacia el pasillo. Reacciones como ésta, rematada con un portazo, son las que, en derroche de cariño y amistad, perdonamos y comprendemos de todo ingresado.